

REMBERTO PÉREZ / MARÍA PÉREZ

Cuando salí de Cuba

La historia no contada del éxodo
de niños cubanos hacia España y
la labor del Padre Camiñas

COLABORADOR: RICARDO QUIZA



EDICIÓN: Pablo De Cuba Soria
DISEÑO Y MAQUETACIÓN INTERIORES: Ricardo Quiza Suárez
DISEÑO DE CUBIERTA: Ranfis Suárez Ramos

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Remberto Pérez y María Pérez, 2023

© Ricardo Quiza, 2023

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Prólogo

Ucrania, Siria, en estos tiempos. Antes Gaza, *the boat people* de Vietnam, Terezín, la odisea del St. Louis. Antes la Gran marcha Bóer, el Sendero de Lágrimas (*Trail of Tears*), el *Middle Passage*. Metonimias del horror. La historia de la humanidad puede y debe ser contada por sus desplazamientos. Unos más horribles que otros, pero siempre terribles, traumáticos.

Y dentro de ese cúmulo de horrores están los que lo sufren de un modo particular, tremendo, desconcertante: los que a falta de una expresión más precisa llamamos “menores de edad”. Ya sea por su particular condición psicológica y legal o por sus limitaciones para dar forma a su experiencia, solemos ignorar cómo las catástrofes humanas han impactado en los niños. Ignoramos estas vivencias como también ignoramos nuestra propia experiencia infantil, cuando veíamos la realidad desde un punto de vista mucho más cercano al suelo y más despegado de este al mismo tiempo. Porque la realidad y la Historia es una cuestión de adultos en un mundo en el que los niños siempre participan como objeto, nunca como sujeto. Después de todo, como alecciona un dicho cubano, “los niños hablan cuando las gallinas mean”. O sea, nunca.

Cuando al fin le prestamos atención a los niños conseguimos testimonios tan sorprendentes y estremecedores como el Diario de Anna Frank. O la formidable película *First They Kill My Father* dirigida por Angelina Jolie basada en las memorias infantiles de una sobreviviente del genocidio en la Kampuchea de Pol Pot. Pero no hay que llegar a esos extremos del horror para escuchar lo que los niños tienen que decirnos. Deberíamos prestarles atención más a menudo a esos sutiles sismógrafos con que sus almas registran las grandes sacudidas de la Historia. De eso se trata este libro. De prestar atención.

En *Cuando salí de Cuba...* se habla del drama de cientos de niños, que durante años fueron mandados lejos de sus familias para escapar de ese estremecimiento de la Historia que otros más amables que yo llaman “Revolución Cubana”. Los que dirigían la llamada revolución hablaban en nombre de la Historia y quien habla en nombre de una dama tan importante se siente con derecho a casi todo. Incluso a tomar a los niños como rehenes. ¿No son los niños el futuro de la humanidad? ¿No son los que

hablan en nombre de la Historia los encargados a conducir a la humanidad hacia ese futuro? Lo natural es entonces que se sientan autorizados a sentirse padres simbólicos de toda la nación y en especial de su infancia, que es otra manera de decir su porvenir. En el meollo del drama que describe *Cuando salí de Cuba...* está el cómo y por qué personas reales en tiempo real tomaron la decisión de proporcionarle a sus hijos una dolorosísima salida a esa trampa.

El drama que cuenta *Cuando salí de Cuba...* corre el riesgo tremendo de ser incomprendido por aquellos que nunca se hayan visto en esa situación. A eso se le agrega que durante décadas esta experiencia colectiva ha corrido el peligro de ser ignorado, olvidado. Una de las formas más completas de olvidar una tragedia es confundirla con otra adyacente. En el caso del éxodo propiciado por el Padre Camiñas a través de España suele confundírsele con aquel que ha trascendido como “Operación Pedro Pan”. Compartiendo la cercanía en el tiempo y la circunstancia de que se tratara de menores no acompañados este éxodo supuso una organización y logística distintas. Pero también se distingue en detalles más esenciales. Si la Operación Pedro Pan partió del temor un tanto difuso de que los padres cubanos “iban a perder la patria potestad sobre sus hijos” -y que incluía la creencia en rumores tales como que los niños serían enviados a Rusia para ser adoctrinados- el éxodo “español” es de una naturaleza algo distinta. La Operación Pedro Pan transcurrió entre los años 1960 y 1962, incluía niños y niñas de diferentes edades y su destino directo eran los Estados Unidos. El éxodo que nos ocupa es posterior: se inició en 1966 y se dio por concluido en 1974, su destino directo era España y consistía en niños varones de entre trece y catorce años de edad y la motivación de los padres para enviarlos al extranjero era concreta y demostrada. Ya para entonces los rumores de la pérdida de la patria potestad habían demostrado su relativa falsedad. Las deportaciones masivas de niños a la Unión Soviética nunca tuvieron lugar pero en cambio los padres cubanos tenían cada vez menos control sobre la educación de sus hijos: eliminada la educación privada el Estado se hizo cargo al completo de la educación infantil. El adoctrinamiento ideológico de los niños teniendo se convirtió en objetivo prioritario del sistema educativo del país y se crearon programas como las famosas escuelas al campo que limitaban el acceso de los padres a la educación de sus hijos y ampliaban la influencia del Estado.

El panorama cubano cuando se inauguró este particular éxodo infantil hacia España en 1966 había variado bastante respecto a los inicios de la década. Ya no se trataba de una amenaza incierta sino de una realidad

diaria. Se combinaban las penurias cotidianas que sufría toda la población, el adoctrinamiento constante y la persecución indisimulada de todo el que no comulgara con el régimen. Bastaba que una familia declarara las intenciones de emigrar para que se desataran contra ella todo el catálogo de hostilidades conocido donde quiera que el Estado decide que los que no son sus cumplidos seguidores son enemigos del pueblo: acoso en la escuela y en el barrio, expulsiones en el trabajo, trabajos forzados para los cabeza de familia, inventario de los bienes familiares para que estos no pudieran ser vendidos para sobrevivir mientras aguardaba el lento y angustioso proceso de salida.

A todo esto se añadió un detalle crucial para la historia que cuenta Cuando salí de Cuba. El 12 de noviembre de 1963 se aprobó la Ley 1129 que regulaba la conscripción militar de todos los jóvenes aptos para servir en el ejército. En menos de un lustro se había pasado del ejército profesional de la república, a las milicias voluntarias de los primeros años de la revolución al llamado Servicio Militar Obligatorio para todos los jóvenes entre 15 y 27 años. De tal obligación no estaban excluidos los jóvenes cuyas familias habían solicitado a salida del país. Al contrario. La nueva ley condenaba a las familias que tenían intenciones de emigrar y con algún miembro elegible al SMO a esperar en las condiciones humillantes ya descritas no solo porque el joven pasara los tres años prescritos para servir en el ejército sino otros siete en los que pasaban a la condición de reservistas. Por si fuera poco, dos años después, en noviembre de 1965 se hace el primer llamado a las llamadas Unidades Militares de Ayuda a la Producción, las tristemente célebres UMAP. Eran estas verdaderos campos de concentración para aquellos jóvenes que no eran lo suficientemente confiables para empuñar las armas pero a los que no por ello se les eximía de prestar servicios en el ejército y, bajo el pretexto de ser reeducados, trabajar de doce a catorce horas diarias en medio de incontables humillaciones y maltratos. En los escasos tres años que funcionaron las UMAP, clausuradas tras escándalo público, fueron enviados a dichos campos “38 641 personas, de las cuales murieron 72, otras 180 se suicidaron y 507 fueron ingresadas en hospitales psiquiátricos”. A estos campamentos de castigo “eran enviados sobre todo jóvenes católicos, Testigos de Jehová, homosexuales y personas que habían solicitado su salida del país”. Ante el peligro doble de que al entrar en edad militar sus hijos fueran enviados a dichos campos y de que bajo el pretexto de su disponibilidad militar quedaran atrapados en la isla por una década o más cientos de familias acudieron a un subterfugio desesperado: enviar a sus hijos a España antes

de que estos cumplieran 15 años con la esperanza de poder reunirse en los Estados Unidos cuando al resto de la familia se le permitiera marcharse del país. Difícil, si no imposible, imaginarse lo duro que debió haber sido para esas familias decidir entre separarse de sus hijos por un plazo abrumadoramente incierto o quedarse un período mayor en Cuba exponiendo a sus hijos varones a los albueros del Servicio Militar Obligatorio o de las temibles UMAP.

De los riesgos de esta decisión nos habla este libro con toda honestidad. Se comentan los espontáneos abusos a que se someten los adolescentes entre sí una vez que la relativa falta de supervisión adulta los abandonaba a sus propios instintos en los albergues españoles —que salvando distancias—, tenían ciertas semejanzas a los internados que otros experimentamos en Cuba y de los cuales ellos trataban de escapar, claro que en España no tuvieron que padecer ni de adoctrinamientos ni de trabajos obligatorios. También se habla de la angustia de sentirse solos en un país desconocido en medio de otros no menos angustiados que ellos. Se abordan los tristes casos de las dos únicas muertes ocurridas durante el tránsito de los muchachos por España. Y también describe el no siempre acogedor tránsito en casa de parientes en Estados Unidos a la espera de reunirse con sus padres. Tampoco este libro nos ahorra la marca que dejó en muchos de estos muchachos esta traumática experiencia ni como influyó de diferentes formas en su desenvolvimiento posterior. Carece este libro, porque no es su objeto, del contraste de lo que pudo ser su vida de no haber tomado la familia la dura decisión de enviarlos a España. No obstante, los éxodos que han seguido a este —desde los 135 mil que marcharon por el puerto del Mariel en 1980 al de los 35 mil balseros del 1994, del éxodo a través de Ecuador en la segunda década del presente siglo al éxodo actual a través de Nicaragua que ya sobrepasa en masividad al del Mariel— hablan de un país que se va volviendo progresivamente inhabitable a través de los años y de un régimen que sobrevive gracias a la continua expulsión de buena parte de sus habitantes.

Cuando salí de Cuba... no es un recuento cualquiera de este tipo de experiencias gracias a la capacidad, el interés, la sensibilidad y la honestidad de sus autores. Esas virtudes los llevaron a buscar los testimonios de algunos de los que pasaron por esa experiencia sin eludir sus aspectos más desagradables de esta. En estos testimonios se deja escuchar la voz de aquellos niños que fueron alguna vez —la de su asombro, su incertidumbre y su angustia— junto a la de los adultos que ahora son y que están en condiciones de evaluar la decisión de sus padres y el balance de

su experiencia. De un lado están los hermanos Remberto y María Luisa Pérez, principales promotores del proyecto que condujo a este libro. Remberto —como uno de aquellos niños que escaparon de Cuba a través de España— y María Luisa —como parte de aquellas familias que quedaron atrás sin la certeza de que podrían volver a ver alguna vez a su hermano, hijo o nieto— han sabido reunir la mayor cantidad de voces para que esta compleja experiencia sea contada desde la mayor cantidad de ángulos posibles. Por otro lado, está Ricardo Quiza, uno de los historiadores cubanos más serios de las últimas décadas que ha dedicado varias investigaciones al impacto que el sistema educativo cubano ha tenido en generaciones de niños y cuya experiencia y sensibilidad le han evitado a *Cuando salí de Cuba* las trampas de la sensiblería tan comprensible en cuestiones de esta índole. Sirva este libro como un importante aporte al vasto tema de los desplazamientos que han azotado la historia humana desde sus inicios —y que no da señales de atenuarse en estos tiempos— pero también para descubrir una situación concreta de la que no se sabía prácticamente nada hasta el momento.

DR. ENRIQUE DEL RISCO, escritor e historiador.

Profesor del Departamento de español y portugués de la Universidad de Nueva York.



Cubanitos en España, 1966. Cortesía Orlando Díaz.

¿Por qué aún lloramos con Luis Aguilé?: confesiones de autor

En 1963 el castrismo, en su perenne obsesión de dominar al pueblo cubano, se inventó otro castigo para los que querían vivir libres: estableció una ley para que todo adolescente que cumpliera 15 años no pudiera emigrar hasta que cumpliera 27, creando una nueva forma de separar a los núcleos familiares que habían aplicado para salir del país; de hecho, los padres eran expulsados de sus trabajos y señalados como “gusanos”, mientras sobre los hijos varones colgaba la espada de Damocles del reclutamiento militar.

En tales avatares me vi envuelto junto a mi familia. De repente, el mundo se nos vino abajo, muchas amistades nos dejaron de visitar y uno sentía la mirada acusatoria cuando caminábamos por nuestras calles, especialmente yendo a la iglesia. Imagínese las opciones que nos quedaban de haber permanecido en Cuba: o coexistir con la muerte cívica dentro de un mundo que nos discriminaba, siendo rehenes en nuestra propia patria (como les pasó a muchos), o doblegarnos e integrarnos a un sistema en el cual nunca creímos. Esa fue la encrucijada que tuvimos que enfrentar muchos niños que estábamos a punto de arribar a la edad militar, todos procedentes de familias que disentían de aquella dictadura. Sin quererlo, nos convertimos en una especie de tropa de avanzada que debía exiliarse para garantizar la salida posterior de sus parientes, ya que en la mayoría de los casos nuestros padres estaban renuentes a dejarnos solos en aquel infierno. Ellos tuvieron la visión y valentía de mandar a sus niños varones solos vía España para mantener vivo el sueño de vivir libres todos juntos; ahí empieza nuestra historia, una trama en la que se crecieron muchas personas “ordinarias” como nuestros papás, o el cura Antonio Camiñas, haciendo cosas extraordinarias.

Por ello participar en este libro es un regalo de Dios, porque puedo dejar constancia de los cuatro pilares que sostuvieron la migración de los niños cubanos hacia España entre 1966 y 1974: en primer lugar, el Padre Camiñas; en segundo, nuestros padres; no menos importante el exilio histórico, siempre dispuesto a echarle una mano al recién llegado; y por último nosotros, los que fuimos partícipes de esta historia, los muchachos que salimos de Cuba con menos de quince años para enfrentarnos a un universo desconocido.

Nacido en la localidad cubana de Remedios, el padre Camiñas se entregó desde joven a la iglesia católica, asumiendo la filosofía de austeridad que le inculcaran los Franciscanos. Él y nuestros padres formaron parte de lo que pudiéramos llamar “La Gran Generación”, según la denominación del célebre periodista Tom Brokaw, quien se inspiró en aquellos americanos que luego de sufrir la dureza de los años treinta se sacrificaron y lucharon desde todos los frentes contra la barbarie fascista para garantizarnos el futuro.

Hasta hoy casi nadie conocía la trayectoria de Camiñas, sin embargo, un sacerdote procedente del mal llamado “interior” de Cuba, que durante la etapa pre castrista manejaba considerables sumas de dinero en sus funciones de director de una revista religiosa, usó estas habilidades durante su exilio español para gestionar la llegada de quienes aterrizábamos pequeños y sin nuestros padres en tierra ajena; sobre sus hombros recaía el pobre hábito de monje y la responsabilidad, sin dudas mayúscula, de solventar la tragedia que se avecinaba. Para él no hubo distinciones, ni reparos, sus brazos siempre estuvieron abiertos para arropar a muchachos de cualquier clase o condición, pertenecientes a familias pobres o que alguna vez fueron de clase media o media alta, procedentes de todos los rincones de Cuba. Desde la segunda mitad de los sesenta y en lo sucesivo, nuestros compatriotas que emigraron pertenecían a variopintos sectores sociales y profesionales, desposeídos de bienes y nivelados en la pobreza por la aplanadora socialista.

De alguna forma Camiñas se las arregló para conseguir el respaldo de la iglesia católica y el gobierno español, así como del exilio cubano instalado en España y Estados Unidos; es una incógnita, pero... quién sabe si hubo de convencer también a los políticos del régimen para facilitarnos la salida.

La segunda pieza de este andamiaje fueron los padres, ellos tuvieron que permanecer en la “candela” de aquel país doctrinal, sobrellevando la tristeza de ver partir a sus hijos sin su tutela y soportando las vejaciones de los adeptos de aquel sueño de redención quebrantado, la mayor de las veces desempleados o requeridos a trabajos forzosos, a la espera, en silencio, de mejores tiempos. Pagaron un precio alto por su disidencia, a veces con secuelas psicológicas y físicas; mis propios “viejos” fueron expuestos a un deterioro físico que no es solo explicable por la significativa merma en el consumo de alimentos y bienes materiales consustanciales a la miserable existencia de nuestros compatriotas, a ellos y a mis hermanos los aprecié bien flacos y con la piel ajada cuando los recibí en New Jersey. Mi madre murió apenas a los tres años de haber llegado a este gran país, víctima del cáncer, una enfermedad en la que interviene, además de lo biológico, el componente mental.

Ella dejó una gran huella en toda nuestra familia, mi abuelo expresaba —y todos concordábamos— que si hubiese vivido lo suficiente y si fuese por sus deseos y ganas de ayudar, toda sus parientes vivieran en libertad. Mi mamá no era una persona de mucho estudio, pero de modo autodidacta y a través de la iglesia desarrolló su intelecto; esa versión de mi madre solidaria la hemos integrado mis hermanos y yo a lo largo de nuestras vidas de exiliados, nunca nos hemos olvidados de auxiliar a nuestra gente a acomodarse por acá, tributando al *melting pot* de la cultura americana.

Sirva este libro de respeto y homenaje al sacrificio de nuestros padres que tuvieron el coraje de enviar a sus niños a otras tierras para liberarlos del control comunista, ellos fueron ejemplo de integridad, honradez y aunque parezca paradójico de amor a la familia, pues prefirieron salvarnos a toda costa, aún a riesgo de una eterna lejanía; por suerte la mayoría fue recompensada con un nuevo encuentro en tierras de libertad, aunque hubo excepciones significativas como los papás de Ricardo y los de Antonio Andrés, que vieron morir a sus hijos a distancia, víctimas del tifus.

Esta obra quisiera dedicarla también al exilio histórico, pues en los avatares de los menores que salimos de Cuba salen a relucir los compatriotas de la diáspora que nos acogieron en calidad de familiares o amigos. En mi caso fui recibido por mis tíos paternos Fidel y Aracelia Cáceres, Federico y Eida Carmona —en cuya casa viví más tiempo— y Rigoberto y Zeida Pérez. Tía Aracelia fue la líder de este esfuerzo para mí y mi primo Ángel, ella y su marido firmaron más de 40 *affidavits* para otros familiares o amigos, a pesar de que eran personas recién llegadas, trabajando en factorías con dos o tres trabajos.

Todos los tíos se responsabilizaron por la seguridad de dos muchachos en la difícil edad de *teenagers* y a los que apenas conocían pues nos habían dejado de ver desde pequeños. Ellos velaron por nuestro confort, alimentación, estudios, salud e integridad física; sus desvelos no eran aislados y se repetían en innumerables ocasiones en el seno de la comunidad cubana que vivía en España o en América. Allí donde hubiese un cubano necesitado brotaba el desprendimiento de aquellos paisanos que huyeron de su patria tempranamente, por eso no ha de extrañarnos la repetición de estos nobles gestos a lo largo de más de sesenta años de destierro y que están en el ADN del expatriado cubano, el mismo que ha fraguado en la olla multicultural, pero sin olvidar a su gente. Creo que en mi caso y en el de muchos de mis hermanos de aventura por España, se ha mantenido ese deseo de ayudar a los nuestros.

La semilla de este libro se plantó, aún cuando no tuviese suficiente conciencia de ello, en el instante que anunciaron en El Escorial la muerte de los dos niños ya mencionados. Recuerdo haber estado en el comedor cuando comunicaron por altoparlantes el fallecimiento de los muchachos, que había ocurrido con diferencia de apenas cinco días entre uno y otro. Allí sentí una de las angustias más grandes de mi vida al suponer lo que le pasaría a mi madre y los familiares si recibieran la noticia de mi deceso; no tenía entonces la capacidad de escribir un texto de envergadura, pero se me creó como un sentido de responsabilidad y de deuda, pues me percaté de la gravedad de los hechos en los que estábamos envueltos “los niños de Camiñas”. Creo que hechos como este y el de vernos obligados a andar relativamente solos por los caminos de la vida nos hizo madurar con precocidad.

Si bien ese fue el momento que inspiró de modo primario la realización de este libro, luego mi ejecutoria en la Fundación Nacional Cubano Americana, de la cual soy vicepresidente, me hizo tomar conciencia de lo importante que resulta contar la historia de nuestro exilio. Recuerdo que Jorge Más Canosa siempre nos decía que si una idea o proyecto nos entusiasmaba que lo ejecutáramos sin esperar por terceros, aunque no contases con la suficiente competencia o con la totalidad de los medios para hacerlo. Cuando repaso mi vida me percaté de la certeza de esos consejos y que de alguna manera hacía tiempo que los había puesto en práctica.

Recuerdo estar parado en la avenida *Bengerline*, la principal arteria comercial de New Jersey y la calle 48, en el otoño de 1969, y comencé a pedir empleo en cada una de las tiendas de ambos lados de la avenida. Cada vez que llegaba a un establecimiento me daba cuenta que la mayoría de ellos eran de cubanos. En ese trayecto se me grabó la idea de que si yo era oriundo del mismo lugar que esos propietarios, yo también podía tener un negocio, y esa mentalidad surgió en una coyuntura bien adversa, con mi padres acabados de llegar, viviendo en un apartamentico feo y oscuro y siendo el único que en esos momentos estaba en condiciones para mantener a una familia de seis. El ejemplo de mi gente cubana fue el que cultivó mi espíritu de emprendedor y esa responsabilidad por crear un futuro con independencia financiera para mí y mi familia y al mismo tiempo poder servir al prójimo. Si no posees esa fibra de optimismo no realizas tus sueños, por eso me decidí a dar cuerpo a este proyecto, a sabiendas que se iba a materializar. No por gusto ese día de la anécdota entré a laborar en una tienda de ropas, y he aquí otro elemento que forma parte de mi formación pero que también es inherente al exilio cubano: su optimismo,

su hambre de avanzar en la vida y el éxito conquistado. Estos rasgos de mi personalidad, atribuibles también a nuestro exilio, no hubieran fructificado si no existiera el clima de libertad que hallamos en esta nación que nos adoptó; en retribución he intentado inculcar tales valores a las personas que han formado parte de mis empresas, la mayoría latinos, en particular a los jóvenes emigrantes de primera generación con los he tenido el gusto de relacionarme, también a mis hijos y al resto de la familia. Creo que las personas deben pensar en grande y tener expectativas favorables acerca de su desenvolvimiento.

Lo que verán acá es en primera instancia mis memorias sobre un suceso que cambió mi vida y la de unos cuantos cubanos para siempre; pero, como “ninguna persona es una isla”, obviamente mi experiencia no es única. Por eso, he procurado asimismo mostrar otros testimonios a modo de viñetas de otros que fueron partícipes de esta historia inexplorada de la diáspora, debidamente conjugados con las confesiones de las personas que tuvieron a bien recibirnos en los Estados Unidos, así como la de algunos de nuestros familiares que dejamos en la isla y de los que estuvieron en el entorno del Padre Camiñas, todo ello aderezado con una biografía del padre franciscano, una cronología de nuestro peculiar proceso migratorio y un pliego de imágenes alusivas a todos estos eventos.

Por razones obvias hemos escogido una muestra lo más representativa posible en un tiempo relativamente breve. Algunos de nuestros “compañeros de viaje” han decidido no enviar sus relatos, quizás por motivos de edad o salud, porque no recuerdan todos los detalles, o simplemente porque no han querido revivir esa etapa de sus vidas. En todo caso véanse reflejados directa o indirectamente en este libro que al final es un reconocimiento a los que estuvimos albergados en los campamentos de El Escorial, Navacerrada y Casa de Campo, o en la casa del padre Gerardo Fernández en el Colegio Lasalle Las Maravillas”; Gerardo fue otra de esas almas generosas que también luchó por nosotros, como lo fueron también las señoras Enriqueta Waddington, Isabel de Falla, la Condesa de Casa Romero, pertenecientes a lo más alto de la pirámide social cubana pero que no dudaron en poner sus vastos recursos y sus esfuerzos personales a nuestra disposición.

Por supuesto, no son todos los que están... aún así, quiero subrayar los esfuerzos de Rubén González “Proscopio”, el Dr. Mario Delgado “Huevo Pinto”, Adalberto Socas “Yema de Huevo”, Damián de Armas y Juan Raúl De la Cruz por contribuir al reencuentro de más de un centenar de los que un día fuimos “los niños de España”. A los que no pudieron darnos

su testimonio, pero nos aportaron fotos, documentos y recuerdos, nuestra gratitud encarecida; también al Dr. Ricardo Quiza que ha transcrito más de 40 entrevistas y ha colaborado sobremanera en dotar a esta investigación de su análisis histórico.

Nuestros agradecimientos a mi amigo Félix García y su hija Sabrina, al matrimonio de Teresa Cruz y Antonio Hallado, familiares de la señora Celina Valderrama, madre de Ricardo, uno de los niños fallecidos en España; a los sobrinos de Fray Camiñas: Margaret, Ana Isabel, Robert y Elsa por ofrecernos no solo los recuerdos de su tío, sino además valiosísimos documentos personales del padre, como su acta de nacimiento y su fe de bautismo.

Estamos en deuda asimismo con los hermanos franciscanos Juan Miguel Dorronsoro y Xeberio Zinkunegi, que nos proporcionaron importantes documentos relativos a la muerte de Fray Camiñas: algunas semblanzas sobre su muerte, el acta de fallecimiento y la foto de su nicho funerario.

Por último, pero no menos importante quiero resaltar la labor de mi hermana María Luisa Pérez que ha sido responsable de la organización de toda esta maquinaria y al mismo tiempo de encontrar la tumba y el certificado de defunción del niño perdido, Andrés Antonio “Verruga”, del que todos sabíamos que había muerto en abril de 1967 pero no sabíamos su nombre y apellido ni tampoco donde se hallaban sus restos.

A pesar de lo que pudimos haber sufrido —que no todo fue color de rosa— el balance de nuestra estancia fue positivo. En los albergues aprendimos a forjar nuestro carácter y a modelar nuestra capacidad de adaptación en escenarios adversos, lo que nos ofreció la posibilidad de llegar a los Estados Unidos, aclimatarnos a una nueva cultura y convertirnos en personas de bien, generalmente exitosas en cada uno de los campos en los que decidimos orientar nuestras vidas. Más que en víctimas, y gracias al conjuro de eventos precipitados y ajenos a nuestra voluntad, nos convertimos en sobrevivientes, en actores proactivos que en su gran mayoría hemos podido vivir “el sueño americano” en los negocios, lo familiar y la vida social.

Gloria a nuestros padres por su coraje y a todos los que nos ayudaron en España y en Estados Unidos, y por qué no, Gloria a nosotros mismos por haber sabido sacar lecciones provechosas de nuestra tragedia.

REMBERTO PÉREZ

abril, 2022.



Certificado que acredita mis competencias para el manejo de la FNCA.



Mis héroes, ejemplos de entrega y patriotismo, Pepe Hernández y Mas Canosa.



Número 364

L 001682



REGISTRO CIVIL DE

CHAMARTÍN
Ayuntamiento de Madrid

DATOS DE IDENTIDAD DEL DIFUNTO:

Nombre ANTONIO-ANDRES
Primer apellido LAIZ
Segundo apellido GÓMEZ
hijo de Antonio Juan de Dios y de María
Estado soltero nacionalidad Española
Nacido el día cuatro de Febrero
de mil novecientos cincuenta y dos
en Cuba / Habana

Inscrito al tomo...

Domicilio último Almagro, Juvenil de Santa
María de Buen Aire de El Escorial (Madrid)

DEFUNCION: Hora trece día veintiseis
de enero de mil novecientos cincuenta y siete
Lugar Madrid, Hospital del Rey
Causa Febre tifóidea

El enterramiento será en el cementerio de San Justo

DECLARACION DE D. Victoriano Gonzalez Venturini

En su calidad de alcalde de la familia

Domicilio Madrid, Almagro 30

Comprobación: Médico D. Ramón Abella Verd

Colegiado núm. 4.446 número del parte

OTROS TITULOS O DATOS

ENCARGADO D. Bernardino Hernandez

SECRETARIO D. Victor Nicolás Alcaraz

A las dos quince horas del veintiseis de enero de mil

novecientos cincuenta y siete

firmado por el alcalde de la familia de el difunto

Victoriano Gonzalez Venturini

firmado por el encargado de la defensa de la familia

Bernardino Hernandez

Certificado de defunción de Antonio Andrés Laiz Gómez, niño de El Escorial.

Volver la vista atrás

Volver la vista atrás para un emigrado es y será siempre como nadar en las aguas de un río embravecido; la corriente te empuja y lanza, con fuerza desmedida, hacia una maraña de recuerdos, nostalgias, sentimientos y hasta olores. Esa maraña sensitiva está plantada en la orilla del río, pero la corriente es brava y no te permite alcanzarla, tocarla como quisieras. Cuando comenzamos a esbozar los primeros trazos para contar la historia de “Los niños de España” y en especial de mi hermano Remberto, uno de sus tantos protagonistas, esta imagen me acompañaba. Me refiero a esos niños, en su mayoría varones, que salieron sin sus padres hacia España para más tarde arribar a los Estados Unidos. Quería alcanzar y revivir los momentos cruciales de aquella época, intentaba sentarme en la sala de mi infancia, revivir la angustia, la desesperación y siempre me quedaba el sabor de que algo importante quedó por decir, de que no lograría llegar a esa orilla medular de los recuerdos.

A medida que el proyecto cobraba vida, fuimos hilvanando narraciones, perspectivas semejantes y trazos de nostalgia o dolor que nos tocaban muy de cerquita. Confieso que, en más de una ocasión, he llorado al leer los testimonios de este libro; lloré con el dolor ajeno y con el propio, pues muchas de las anécdotas lograban avivar recuerdos dispersos y proyectaban luz hacia mi orilla personal.

Dibujar esta historia —que es la de tantas personas, aunadas por un hecho particular que marcó sus vidas— es un proyecto muy difícil y abarcador. Existen inconvenientes como el paso del tiempo, el distanciamiento de los recuerdos, así como la sublimación o tendencia a novelar los hechos del pasado por quienes testimonian; por tanto, hemos tenido que apelar a la memoria de algunos de sus protagonistas. Este libro no pretende ser una investigación histórica, aunque se incorporen las fuentes constatadas y se auxilie de referencias oportunas para el lector, sino más bien intenta ofrecer una muestra, un abanico de posibilidades comunes, un fragmento visible de ese momento casi olvidado en la Historia de la emigración cubana.

Queríamos brindar una propuesta lo más abarcadora posible y no olvidar, por ello podrán leer historias de vida de los protagonistas del relato, de sus familiares que quedaron en Cuba, de los benefactores, los hogares

de acogida (tanto en España como en Estados Unidos), de aquellos que de alguna manera estuvieron involucrados en el hecho histórico, como Antonio Camiñas, padre Franciscano que sostuvo como nadie la pesada carga de este momento migratorio tan penoso. Sus votos de pobreza contrastan con esas ganas de buscar recursos para auxiliar a sus hijos postizos que arribaban con la fragilidad emocional de sentirse solos y casi siempre en estado de precariedad. Camiñas fue el pivote que hizo posible el trasvase de finanzas y la logística necesaria para que los cubanitos recién llegados tuviesen una estancia digna; por si no bastara, también asumió el papeleo migratorio para garantizarles su entrada a los Estados Unidos.

La edad de los emigrantes oscilaba entre los trece y quince años, pues intentaban sortear la trampa del Servicio Militar impuesto por el régimen castrista: los hijos en edad militar se convertirían en rehenes; si el joven era “llamado” a alistarse, cualquier posibilidad migratoria para el resto de la familia sería un crucigrama sin solución. En esta cruzada, que apenas se conoce, no saldrían niños pequeños como ocurrió con algunos de los Peter Pan, esta vez todos eran adolescentes. Sin embargo, un padre cubano (sobrepotección por naturaleza) consideraría cualquier edad inapropiada para separarse de un hijo y enviarlo solo hacia una aventura semejante. La adolescencia suele ser una etapa de la vida en la cual los peligros y las tentaciones cobran una dimensión mayor; es un momento en el cual queremos extender las alas y cobijar muy bien a nuestras crías. Debe haber sido para ellos muy fuerte e impactante; y es por tal razón que la voz de los que tuvieron el valor de desprenderse de sus hijos cobrará un importante y visible lugar en este abanico de relatos.

Al ofrecer mi testimonio individual para el proyecto, cuento a grandes rasgos nuestra situación en la Isla con el propósito de entender y explicar las razones que llevan a unos padres a tomar decisiones tan difíciles como es separarse de un hijo menor y enviarlo a un futuro incierto, en un país desconocido. Quizás el detonante principal que me llevó a centrarme en ello, fue una conversación con una compañera de trabajo, refiriéndose a los menores que llegan a Estados Unidos por la frontera: “Qué clase de madre es capaz de poner a su hijo en un tren (la Bestia) y exponerlo a todo tipo de peligros? ¡Cuánta irresponsabilidad!”. Por supuesto, esta mujer no sabía de nuestra historia particular, y mucho menos podía entender el drama que viven muchas familias en sus países cuando prefieren “exponer” al hijo con la esperanza que lleguen a ser libres y exitosos a la opción de retenerlos a su lado contra toda esperanza. Pero creo que siempre se vive o, dicho mejor, se sobrevive con el anhelo del reencuentro...

Quisiera con mi modesta contribución honrar la memoria de nuestros padres, vivo ejemplo del amor generoso que no duda ante el sacrificio por el bien del ser amado; por supuesto a todos los padres que tomaron la difícil decisión. En particular, quiero mencionar a los padres de Ricardo (Erizo) y de Antonio Andrés (Verruga) niños fallecidos durante esta travesía. Sería un gran descuido reconocer que nuestro drama es único; pues los niños solos siguen siendo separados despiadadamente del seno familiar, debido a conflictos, guerras, epidemias, pobreza y miseria. Es también importante valorar el aporte de las familias que generosamente cobijaron a los jóvenes a su llegada a USA, tía Pucha y Fidel, Ico y Eida, Rigo y Zeida, con quienes estaremos eternamente endeudados. Una mención especial para Aracelia (tía Pucha) quien, haciendo despliegue de su carácter y fortaleza espiritual, desde su lecho de muerte, nos habló con mucho sentido del deber y orgullo sobre la acogida que la familia dio a los muchachos a su llegada, así como a tantos otros familiares y amigos. Finalmente, el enorme reconocimiento va para el sacerdote Antonio Camiñas, que manifiesta con su obra el amor de Cristo y reivindica la vocación por los más débiles siguiendo las enseñanzas de San Francisco de Asís, patrón de su orden.

Hace poco realicé uno de mis viajes rutinarios a Madrid, allí me esperaban los amigos de siempre, esos que te hacen parecer que estás en casa, la mejor comida del mundo y una intensa movida cultural. Sin embargo, esta vez no desembarcaba con alegría, la zozobra me albergaba, pues me había propuesto como misión develar la identidad de uno de los niños emigrados que murió en la madre patria y vio truncado sus sueños.

La fría y ventosa mañana que me dirigía al cementerio de San Justo (Madrid) en busca de la tumba de “Verruga”, el segundo niño muerto del que solo conocíamos su apodo, lo hacía guiada por la esperanza de que la foto que aparecía cerca de la lápida de Ricardo (Erizo), de un varón natural de la Habana y fallecido en abril del 1967, fuera la del niño que buscábamos. Constatar que aquella sepultura pertenecía a Pedro Lastre, un cubano de 39 años fallecido en esa fecha, fue una gran decepción. El empleado del cementerio me comunicó que sin un nombre no podía buscar nada, y es que ni siquiera sabíamos si el segundo niño había sido traído a San Justo. No sé qué me motivó a volver al patio de la Virgen del Perpetuo Socorro, no hay razón lógica por la cual volví a visitar la tumba de Ricardo González Valderrama, no había nada que buscar allí. El caso es que mis pasos volvieron a merodear entre las tumbas, a leer los nombres de los que estaban enterrados allí. Me llamó la atención una lápida con dos personas enterradas, uno era Antonio Andrés Laiz Gómez, de 15 años,

fallecido el 27 de abril de 1967; y la otra una mujer de 91 años, Mercedes Linares Gómez, fallecida en 2010. ¡Algo me dijo: ese es, y la señora es su madre! Volví a la oficina donde corroboraron las fechas, me informaron que el niño había muerto de fiebres tifoideas y que la madre, fallecida años más tarde, había pedido que trajeran las cenizas a reposar junto a su hijo. También me informaron que el niño venía del hospital del Rey, pero no pudieron confirmar su nacionalidad.

Traté de buscar el hospital, pero ya no existe; se ha fusionado con otros hospitales, por lo que los archivos no están localizables. Recurrí al registro civil, no me atendieron personalmente por motivos de seguridad sanitaria durante la pandemia. Además, enfrenté dificultades por la ley de protección de datos, recién implementada, donde yo debía presentar razones legales para obtener ese documento. Hice la solicitud en la página del registro con la ayuda de mi amiga Marina, llenamos la planilla lo mejor que pudimos, y confieso que tenía muy pocas esperanzas que mi gestión tuviera éxito alguno. Sin embargo, fue una gran sorpresa, pues en 72 horas tenía por correo electrónico certificado de defunción; efectivamente, el niño era quien buscábamos y la señora su madre.

Creo que en todo este proceso no me había sentido tan consciente del valor de nuestro proyecto, de la importancia de dar una identidad al niño fallecido, pero sobre todo de la trascendencia de la decisión de nuestros padres y el inmenso sacrificio que supuso para todas nuestras familias.

Tras días de búsqueda y gracias a la generosidad de muchos, tenía ya el acta de defunción de aquel muchacho que todos recordaban de los albergues, pero cuya identidad se había disipado en las nieblas del tiempo. De pronto me llené de entusiasmo, ya que le había puesto nombre y apellidos a uno de los anónimos y pequeños héroes de esta historia. Aquel hallazgo me hizo pensar en el dolor de sus padres y parientes que nunca más lo vieron, un dolor tal que su madre fallecida a los noventa y un años solicitó ser enterrada a su lado. Ese complejo de emociones, de algún modo, acompaña a nuestra condición de emigrados: la alegría por haber alcanzado muchas metas en un clima de libertad y el sufrimiento por todo lo que nos vimos obligados a abandonar.

En el patio de la Virgen del Perpetuo Socorro del cementerio de San Justo, en Madrid, el 15 de febrero de 2022, es donde quizá, debieron comenzar estas palabras. Fue allí, frente a la lápida de Ricardo, donde se agolparon mis recuerdos, donde quizás divisé más nítida mi anhelada orilla; fue donde me percaté, en realidad, de la magnitud del sacrificio que habían hecho nuestros padres y que continúan haciendo otros padres

para salvar a sus hijos. A más de cuarenta años de estos sucesos, esa lápida le da un profundo sentido a tratar de documentar —de la manera más fiel posible— el drama de los jóvenes que emigraron y de las familias que quedaron atrás.

MARÍA PÉREZ

Guttenberg, New Jersey, 2022.



Cementerio San Justo, Madrid.



El Erizo y Verruga, enterrados juntos.



Foto de María Pérez del albergue de El Escorial, año 2021.



Grupo de cubanitos en El Escorial, circa 1968-69.

Sobre los autores y el colaborador

AUTORES:

Remberto Pérez. Las Tunas, Oriente, 1952. Líder político y comunitario, emprendedor especializado en el área de los seguros y los bienes raíces. Se graduó en 1971 en el Memorial High School, posteriormente obtuvo licencias para desempeñarse como corredor en la venta de seguros de vida, propiedad y de accidentes, así como de realtor; además, ha cursado estudios de liderazgo, dirección y productividad empresarial. En el ámbito corporativo fue el presidente de Freway Insurance de New Jersey y CEO de la Royale Insurance Agency/First Americano Insurance Agency, la correduría de seguros independiente hispana más grande de New Jersey, integrada mayormente por inmigrantes latinos y cuyos objetivos se centraban en dar servicios a los territorios más desfavorecidos del estado. Ha ocupado cargos en importantes organizaciones gremiales, sociales y políticas; fue fundador y presidente del Latin American Kiwanis Club, chairman del Urban Opportunities and Minority Agents Committee, presidente de Independent Insurance Agents, así como miembro de la junta directiva de New Jersey Board of Realtors y de Ramapo College. Vinculado desde su juventud a la causa de la libertad de Cuba, Remberto Pérez se incorporó en 1988 a la Fundación Nacional Cubano Americana de la cual es parte de su directiva y ha fungido como Vicepresidente.

María Pérez. Las Tunas, Oriente, 1954. Farmacéutica, empresaria, activista política y promotora cultural. Graduada de Bachelor of Arts del Montclair State College, Upper Monclair de New Jersey y de Bachelor of Sciences en Arnold & Marie Schwartz College of Pharmacy de Brooklyn New York. Se ha destacado en su comunidad de New Jersey como activista política y animadora cultural. Ha sido presidenta de la Fundación Jorge Valls (para preservar la memoria de este destacado poeta y opositor político) y miembro de la directiva del Centro Cultural Cubano de Nueva York y de la junta directiva de CANY (Cuba Art New York, organización sin fines de lucro encargada de promover a artistas cubanos que han tenido que exiliarse de la isla). En 1980 colaboró con el International Rescue Committee (IRC) en la recepción de los refugiados cubanos procedentes del Mariel; años después colaboró en el financiamiento de dos importantes documentales que denunciaban la situación de los derechos humanos en Cuba y de

la emigración forzada: *Nadie escuchaba* (1987) y *Adiós Patria* (1997). En 1995 contribuyó al proyecto de creación de bibliotecas independientes en Cuba y en el año 2010 se involucró en la campaña por denunciar la muerte del disidente Orlando Zapata Tamayo, fallecido por una huelga de hambre en las mazmorras castristas. Recientemente ha dedicado esfuerzos a ayudar a los integrantes del Movimiento de Artistas disidentes cubanos conocido como “San Isidro”, tanto en la divulgación de sus propuestas culturales como en la denuncia de las injustas persecuciones y encarcelamientos de sus integrantes.

COLABORADOR:

Ricardo Quiza Moreno. La Habana, 1964. Doctor en Ciencias Históricas, se desempeñó como investigador auxiliar en el Instituto de Historia de Cuba y profesor titular e investigador en la Universidad de La Habana. Dentro de su producción bibliográfica se destacan *El cuento al revés: historia, nacionalismo y poder en Cuba* (1902-1930), Editorial Unicornio, La Habana, 2003; *Nuevas voces...viejos asuntos. Panorama de la reciente historiografía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, así como *Imaginarios al ruedo: Cuba y los Estados Unidos en las exposiciones internacionales (1876-1904)*, Ediciones Unión y Ruth Casa Editorial, La Habana, 2011, este último galardonado con el Premio de la Academia de Ciencias. Desde el 2016 reside en los Estados Unidos.

Índice

PRÓLOGO 5

¿Por qué aún lloramos con Luis Aguilé?: confesiones de autor **11**

Volver la vista atrás **19**

Voces truncadas; una salida inexorable **26**

CUANDO SALÍ DE CUBA 51

YA VIENEN LLEGANDO 79

Eso es lo que hubo, eso es lo que fue, y esto es lo que hay... **81**

Mi tía, antes de viajar, cogió una frazada amarilla y me hizo un pijama con eso. La primera noche que me lo pongo grita uno por allá: “¡Yema de Huevo!” y entonces pues soy... “Yema de Huevo” **99**

De verdad yo no hubiera querido irme de Cuba **103**

Mis cinco hijos conocen esta historia y confío en que mis pequeños nietos la conozcan cuando crezcan **113**

Mi experiencia en España fue tan aleccionadora que a mis hijas las incentivé para que estudiaran en La Universidad de Salamanca **119**

Me siento satisfecho por todo lo alcanzado [...] He senado con los reyes de España, he salido en la revista Hola, conocí a Donald Trump y trabajé para una de las más grandes compañías de origen latino radicadas en este país **126**

Una Jornada que no termina **132**

Va a parecer quizás extraño, pero no sentí deseos de volver a Cuba, o arrepentimiento [...] quería continuar mi travesía **137**

Aun de pequeño, me daba alergia el comunismo **142**

Mis padres me propusieron la salida, no me dijeron que tenía que hacerlo **149**

Me veo en el espejo... y caí en la realidad, ahí empecé a llorar **152**

A Cuba regresé después de 32 años y fue tanto el destrozo material que vi y el deterioro humano que me alegro una y mil veces el haber venido a este país **156**

Fray Antonio Camiñas, es un “Santo” [...], lo que somos, se lo debemos a él **164**

Yo hice mi primera comunión en el monasterio de El Escorial **167**

Nos hicimos hombres antes de tiempo **170**

¡Coño, menos mal que estoy aquí! **174**

En la Isla quedaban aquellos viejos con la inseguridad de volverme a ver alguna vez en su vida y tener que enfrentar una decisión muy dura **180**

Al final éramos como una cofradía que estábamos unidos todos por el mismo sufrimiento y las mismas alegrías **188**

En El Escorial fui testigo de la muerte de los dos muchachos **194**

Tenemos nuestros traumas, nuestros recuerdos... no quiero imaginar lo que sufrieron los padres de nosotros **200**

Si me hubiera quedado, hoy fuera un pobre “guajirito” muerto de hambre **202**

La vida es como un peñasco enorme y si no aprendes a sortearlo te la pasarás dando giros a la noria **207**

Mis padres sabían lo que venía porque ya lo habían sufrido una vez en China **217**

Me quisieron hacer pionero, pero me negué, pues ya me daba cuenta de las cosas malas que sucedían **220**

Muchas veces he querido regresar a esos tres meses de mi vida en El Escorial. Si Dios me diera a escoger un momento de mi existencia para revivirlo, sería ese **227**

Yo creo que en esta historia hay diferentes héroes **237**

Mi madre me dijo: “va a haber un sacerdote en España que te va a recoger” **245**

Lo que más me impresionó de España, además de las vidrieras, fue ver a tantas mujeres vestidas de negro **250**

Agradezco a mi padre ese sacrificio, pues más que mío fue de él; sé que no es fácil separarse de un hijo y menos de dos **257**

Hay que ser padres bien valientes y desesperados para mandar a tu hijo a otro país a esa edad y con la única garantía que el padre Camiñas lo recogiera **271**

Y con esto concluyo este álbum, con la salida de mis dos tesoros **274**

ENTRE DOS AGUAS: DE LA ZOZOBRA AL DESPRENDIMIENTO 285

Remberto y yo nos llevamos dieciocho meses de diferencia, era casi como tener un hermano gemelo y yo pensaba “si se queda no se podrá ir la familia, pero si se va solo, ¿qué le podrá pasar?” **286**

Si bien no tengo cargos de conciencia y no me sentía arrepentida, no creo que repetiría esa experiencia **297**

En el mundo siempre aparece un Camiñas dispuesto a echarte una mano **301**

A pesar de saber que Fellito se fue solo, siempre aceptamos esa medida que tomaron sus padres, porque sabíamos que era por su bien **308**

El acto de emigrar tiene un costo psicológico e interviene sin dudas en las relaciones intrafamiliares **310**

Nunca me he arrepentido de haber amparado a nuestros familiares [...] firmamos un total de 42 affidavits de apoyo **313**

Más amor en el corazón y menos flores en el panteón **317**

Nuestra familia es muy unida e hicimos mucho para traer a todos los que pudiéramos **321**

Mis padres [...] nunca lucraron con la salida de la familia, todo lo contrario, gastaron dinero y tiempo para llevarlos a vivir a un mundo mejor y eso me hace respetarlos mucho **323**

UN PADRE QUE NO ENGENDRÓ HIJOS... PERO TUVO MUCHOS 327

Si algo caracterizaba a mi tío era la humildad **329**

Lo que si me resultó de gran experiencia fue la compañía de Camiñas y sus constantes consejos que hoy todavía aplico **332**

Él venía a visitarnos cada vez que venía a Miami para pedir ayuda monetaria para los muchachos que estaban en el albergue en España **338**

Al igual que monseñor Walsh, aquí en Miami con los Pedro Pan, así fue Camiñas, nadie ha hablado de eso por cuarenta años **339**

Cada vez que nosotros los sobrinos oíamos pasar a un avión siempre decíamos “Adiós Tío Tito” **343**

Cuando hay una necesidad surge una figura, y el Padre Camiñas fue un ángel bajado del cielo **344**

A tío le gustaba bromear [...], a pesar de estar consagrado a Dios no dejaba de ser una persona familiar y simpática **351**

Uno tiende a recordar lo bueno y a olvidar lo malo; sí, la pasaron bien, pero... con soledad, sin haber una persona como tu mamá o un ser querido al lado tuyo **354**

ANEXOS 357

Biografía del Padre Camiñas **358**

Tres estampas y un adiós **362**

Fr. Antonio Caminas López 1914 - 1985 **363**

Antonio Camiñas López (†Zarauz, 7-noviembre-1985) **366**

Los ocho madamientos **367**

La canción de los Niños de España **370**

Operación Madrid: Cronología **371**

BIBLIOGRAFÍA 383

PLIEGO GRÁFICO 393

Prólogo, introducciones y ensayo histórico **393**

Cuando salí de Cuba **405**

Ya vienen llegando **411**

Entre dos aguas: de la zozobra al desprendimiento **433**

Un padre que no engendró hijos... pero tuvo muchos **434**

Anexos **443**

SOBRE LOS AUTORES Y EL COLABORADOR 461